

[DE ISAAC Y EL ALMA.]

ADVERTENCIA SOBRE EL LIBRO DE ISAAC Y EL ALMA.

Así como San Ambrosio en el primer libro sobre Abraham mostró a los catecúmenos los deberes de la religión cristiana, que habrían de profesar en la vigilia de Pascua, mediante el ejemplo de este patriarca, y en el segundo libro demostró el modo en que el alma caída por el pecado de Adán puede resurgir y esforzarse por alcanzar la perfección, lo hemos declarado en nuestra Advertencia a la misma obra. El vigilante Obispo prosigue con las enseñanzas y preceptos establecidos, y no parece haber concluido el segundo libro de la obra mencionada, donde relata el nacimiento y circuncisión de Isaac, por otra razón que no sea para mostrar que, mediante su matrimonio con Rebeca, el alma del cristiano, al renacer en la fuente bautismal, entra en una especie de estrechísimo pacto espiritual de matrimonio con el Verbo de Dios. Esto lo ha logrado de manera excelente en este libro, que por ello quiso titular "De Isaac y el Alma" (Cap. 1). En verdad, después de haber revelado brevemente que Isaac, por su nacimiento y muerte, fue figura de Cristo, y Rebeca del alma, define la naturaleza del alma y afirma que todo el hombre reside principalmente en ella (Cap. 2). Enseña que el alma es imperfecta porque se adhiere a las cosas corporales y a los placeres del mundo; pero que da el primer paso hacia la perfección si las evita y se eleva por encima de su fango. A partir de aquí, aborda el tema propuesto y dice que Rebeca era así cuando vino a Isaac, pues testifica ardientemente su deseo del Verbo divino en él, clamando: "Bésemme con los besos de su boca" (cap. 3). El mismo Ambrosio confiesa que este y otros versículos del Cantar de los Cantares pueden aplicarse también a la Iglesia: pero habiendo desentrañado estos misterios en otros lugares, y especialmente en la exposición del salmo CXVIII, en este libro se dedica por completo a explicar el matrimonio del alma con el Verbo mediante un comentario continuo de aquel místico epitalamio. Sin embargo, no debes entenderlo como si no hubiera omitido ningún versículo, ya que en realidad se omiten bastantes, especialmente aquellos que se refieren a la belleza del esposo y la esposa: pero esto no impide que haya una coherencia en la obra. Además, para que el trabajo proceda de manera más clara y ordenada, el santo varón propone (Cap. 6) y expone cuatro grados por los cuales el alma, ya libre del yugo de los vicios más graves, asciende a esa suma perfección en la que, unida a Dios por la caridad, nunca más se separa de Él. En cuanto a la disposición natural y no forzada de la materia, la breve pero aguda manera de explicar la Escritura, y la elegancia de las transiciones que conectan cada parte, con razón podrías decir que este comentario es tal que apenas cede a ninguno de los otros de Ambrosio.

Además, se sabe que fue llamado por el nombre del libro no solo en la época de Casiodoro (Lib. de Inst. div. cap. 5) y Agustín (Lib. I contr. ful. Pelag., c. 9, y l. II, c. 5), sino que también fue mencionado por el mismo Ambrosio en la obra siguiente bajo este título. Sin embargo, si las homilias que originalmente se dieron al pueblo fueron transformadas en este libro, es más oscuro. Pues al observar que no es más que una breve paráfrasis del Cantar de los Cantares, ese tema parece poco adecuado para el púlpito sagrado. Sin embargo, para pensar que aquí se hizo lo mismo que en los libros sobre Abraham, nos lleva tanto la conveniencia entre ellos como los preceptos muy adecuados para la instrucción de los oyentes, que nadie puede dejar de notar que están insertos en su exposición. Y esta es la razón por la que el senador Casiodoro, en el lugar citado, al hablar de aquellos que escribieron sobre el Cantar de los Cantares, dejó su juicio sobre esta obra diciendo: "Por lo cual, San Ambrosio en el tercer libro de los Patriarcas, donde habla de la persona de Isaac, discutió muchas cosas de manera saludable y elocuente."

El mismo Cantar fue desentrañado en diez volúmenes de manera tan maravillosa por Orígenes, que Jerónimo no dudó en escribir sobre ellos (Ep. ad Damasum papam): "Si en los demás libros venció a todos, en el Cantar de los Cantares se venció a sí mismo." Es muy probable que esta obra tan destacada también haya llegado a manos de Ambrosio, y que el santo Obispo haya tomado algo de ayuda de los trabajos de tan gran hombre, de quien casi todos los demás Padres tomaron tantas y tan notables cosas. Pero como la iniquidad de los tiempos nos ha privado de ese tesoro, no podemos proponer nada más explorado o descubierto. Si, sin embargo, fuera cierto lo que Huetius sostiene contra Erasmo y muchos otros (Origen. lib. III, § 7), que las cuatro homilias que con su prefacio se encuentran entre las obras de Orígenes y Jerónimo no pertenecen a ningún Padre latino, sino que son el mismo inicio de los diez volúmenes de Orígenes, que Rufino, quien las tradujo al latín, interpoló a su manera: o si prefieres seguir al senador tantas veces citado, afirmando que no son más que una amplificación distribuida en tres libros, que Rufino compuso a partir de dos homilias compuestas por Orígenes en otra ocasión sobre los dos primeros capítulos del Cantar, y traducidas al latín por Jerónimo: si, decimos, se debe admitir cualquiera de estas dos cosas, entenderás, al comparar esos fragmentos de Orígenes y el comentario de Ambrosio, que el santo doctor imitó hábilmente su método, especialmente cuando distingue y explica el triple sentido de la Escritura, a saber, el natural, el moral y el místico; aunque en otras obras que hemos examinado hasta ahora, solo interpreta dos, el místico y el moral; donde, sin embargo, este último se confunde con el que en este libro llama natural.

Además, para asignar a este escrito el mismo tiempo que a los libros sobre Abraham, es decir, alrededor del año 387, contribuye tanto la conexión entre ellos como el propio testimonio de Ambrosio que encontramos al inicio del libro sobre José, así como del libro sobre los Misterios, que elaboró inmediatamente después de él; de hecho, no es oscuro que el santo Prelado también se dirigiera en este a los mismos a quienes hablaba en la obra anterior: pero puede ponerse en duda si esto ocurrió antes de las fiestas de Pascua o después. La materia misma de la escritura, que trata sobre el matrimonio espiritual, lo más sublime en la vida de los cristianos más perfectos, parece indicar que no se refiere a los catecúmenos, a quienes ciertos misterios se ocultaban, para serles revelados después de haber sido iniciados en el bautismo. Sin embargo, si debemos decidir sobre esto a partir de las primeras palabras del libro sobre los Misterios, deberemos decir que aún pertenecían al orden de los catecúmenos a quienes Ambrosio dirigía su discurso. Y esto quizás lo insinúa él mismo cuando dice: "Viene la Pascua, viene la remisión de los pecados, etc." (Cap. IV, num. 35). Pero como ya habían sido admitidos en el número de los competentes, a los que solo se admitía al final de la Cuaresma, el santo Obispo no dudó en declarar a aquellos que estaban a punto de ser bautizados los misterios de esta sagrada unión y los grados por los cuales llegarían a ella.

LIBRO ÚNICO DE SAN AMBROSIO, OBISPO DE MILÁN, SOBRE ISAAC Y EL ALMA. (C)

355 CAPÍTULO PRIMERO.

Se encomia a San Isaac tanto por su origen paterno y gracia, como por la prefiguración de la generación y pasión del Señor, y se revela el misterio designado entre Cristo por Isaac y el alma representada por Rebeca.

1. En el padre de San Isaac, tanto su origen como su gracia están suficientemente expresados: a quien toda gloria redundaba, ya que fue el premio nacido de Abraham, un hombre tan grande e imitable. Y no es de extrañar, ya que en él precedió la figura de la generación y pasión del Señor. Pues también una anciana estéril lo dio a luz por la promesa de Dios; para que

creyéramos que Dios es poderoso para hacer que una virgen pueda también engendrar, y fue ofrecido como único para ser inmolado, quien no pereció para su padre y cumplió el sacrificio. Así, su nombre mismo señala la figura y la gracia, ya que Isaac significa risa en latín, y la risa es un signo de alegría. ¿Quién ignora que él es la alegría de todos, quien, al suprimir el temor de la muerte espantosa o al eliminar el dolor, se convirtió en la remisión de los pecados para todos? Así que él era nombrado, y este era designado: él era expresado, y este era anunciado. Él es a quien ya entonces perseguía la esclava: él es por quien ya entonces se decía: "Expulsa a la esclava; porque no heredará el hijo de la esclava con mi hijo Isaac" (Gén. XXI, 10). Él es a quien el padre adquirió una esposa extranjera. Él es manso, humilde y apacible, quien al venir Rebeca, es decir, la paciencia, salió al campo a alienarse. Pues es propio del sabio separarse de los placeres de la carne, elevar el alma y apartarse del cuerpo; esto es reconocerse hombre. En caldeo se le llama Enos, que en latín significa hombre. Enos es quien asumió y esperó invocar a Dios; y por eso se cree que fue trasladado. No parece, por tanto, ser hombre, sino quien espera en Dios. Y quien espera en Dios, no vive en la tierra, sino que, como trasladado, se adhiere a Dios, lo cual se señala con la interpretación manifiesta de la verdad.

2. Isaac, por tanto, es bueno y verdadero, lleno de gracia y fuente de alegría. A esta fuente venía Rebeca para llenar su cántaro de agua. Pues la Escritura dice que descendiendo al manantial, llenó su cántaro y subió (Gén. XXIV, 16). Así que la Iglesia o el alma desciende al manantial de la sabiduría para llenar todo su vaso y extraer las disciplinas de la sabiduría pura, que los judíos no quisieron extraer del manantial que fluye. ¿Quién es este manantial? Escucha al que dice: "Me abandonaron, fuente de agua viva" (Jer. II, 13). A este manantial corría el alma sedienta de los profetas, como también dice David: "Mi alma tiene sed de Dios vivo" (Sal. XLI, 3); para saciar su sed con la abundancia del conocimiento divino y diluir la sangre de la insensatez con el riego de los flujos espirituales. Este es el flujo de sangre, como lo significa la ley (Lev. XX, 18), que se descubre cuando el hombre se mezcla con la mujer sentada en los días de su flujo de sangre. La mujer es el deleite del cuerpo y las seducciones. Así que ten cuidado de que el vigor de tu mente, inclinado por una especie de unión con el placer corporal, no se ablande y se disuelva en sus abrazos, y abra su fuente, que debe estar cerrada y sellada por el estudio de la intención y la consideración de la razón; "Jardín cerrado, fuente sellada" (Cant. IV, 12). Pues con el vigor de la mente relajado, los sentidos de la delectación corporal se derraman, muy perniciosos, y se precipitan en un apetito lleno de grave peligro: los cuales, si la custodia de una mente viva hubiera permanecido considerada, los habría refrenado.

CAPÍTULO II.

¿Qué es el hombre, y en qué parte principalmente consiste; y cómo es su alma tanto según su naturaleza como por su parte irracional, por la cual se hace sujeta a la corrupción.

3. Mira, pues, oh hombre, quién eres, para que protejas tu salvación y tu vida. ¿Qué es, pues, el hombre? ¿Es el alma, o la carne, o la unión de ambos? Pues somos una cosa, y otra cosa es nuestra: uno es el que se viste, y otra cosa es la vestimenta. Leemos en el Antiguo Testamento: "Todas las almas que descendieron a Egipto" (Gén. XLVI, 26), dicho de los hombres. Y en otro lugar se dice: "No permanecerá mi espíritu en estos hombres, porque son carne" (Gén. VI, 3). Por lo tanto, se lee de uno u otro, porque se dice hombre tanto del alma como de la carne. Pero hay una distinción, que donde el alma se pone por el hombre, se significa al hebreo que se adhiere a Dios, no al cuerpo, como es aquello: "El alma bendita es toda simple" (Prov. XI, 20). Pero donde la carne se llama hombre, se expresa al pecador, como es aquello: "Yo soy carnal, vendido bajo el pecado; porque lo que hago, no lo entiendo.

Pues no hago lo que quiero, sino lo que aborrezco, eso hago" (Rom. VII, 14 y 15). Esto ya es de ambos. Pues uno es el que quiere, otro el que aborrece, otro el que hace. Finalmente añadió: "Si, pues, hago lo que aborrezco, consiento con la ley, que es buena. Ahora bien, ya no soy yo quien lo hace, sino el pecado que habita en mí" (Ibid., 16 y 17). También aquello más expresivo: "Ve otra ley en mis miembros que se rebela contra la ley de mi mente, y me lleva cautivo a la ley del pecado" (Ibid., 23). Y sin embargo, habiendo declarado al hombre que lucha en sí mismo, es decir, al interior y al exterior, prefirió constituirse más en la parte del alma que en la del cuerpo, porque su alma era llevada cautiva al pecado, en la cual preferiría estar, y lo confirma diciendo: "¡Miserable de mí! ¿Quién me librará de este cuerpo de muerte?" (Ibid., 24). Como de un enemigo extraño, así desea ser liberado de la carne.

4. Por lo tanto, la sangre no es el alma, porque la sangre es de la carne: ni la armonía es el alma, porque tal armonía es de la carne: ni el aire es el alma, porque otra cosa es el espíritu soplado, otra cosa es el alma: ni el fuego es el alma, ni la entelequia: sino que el alma es viviente; porque Adán fue hecho en alma viviente (Gén. II, 7); ya que el cuerpo insensible e inanimado es vivificado y gobernado por el alma. Hay también un hombre más excelente, del cual se dice: "El espiritual juzga todas las cosas: pero él no es juzgado por nadie" (I Cor. II, 15). Este es más excelente que los demás. Por eso también David dice: "¿Qué es el hombre para que te acuerdes de él, o el hijo del hombre, para que lo visites?" (Sal. VIII, 5). . . . "El hombre es semejante a la vanidad" (Sal. CXLIII, 4). No aquel hombre según la imagen de Dios es de vanidad: sino el que perdió eso, y cayó en pecado, y se deslizó en estas cosas materiales, este hombre es de vanidad.

5. Por lo tanto, el alma según su naturaleza es óptima: pero a menudo, por su parte irracional, se hace sujeta a la corrupción, para inclinarse a los placeres del cuerpo y a la petulancia, cuando no mantiene la medida de las cosas, o se engaña por la opinión, y al inclinarse hacia la materia se adhiere al cuerpo. Así, su parte invisible se ve obstaculizada, y se llena de malicia; porque al atender a la malicia, se llena de sus vicios, y se hace más intemperante por la falta de bondad.

CAPÍTULO III.

El alma perfecta, al renunciar a las cosas terrenales y dominar los vicios, desea besar al Verbo: a quien Dios Verbo se infunde por completo. Esto, deleitada, le pide que la atraiga; todo lo cual el santo varón también aplica a la Iglesia.

6. Pero el alma perfecta rechaza la materia: rehúye y rechaza todo lo desmedido, móvil y maligno; ni ve ni se acerca a la corrupción de ninguna mancha terrenal: atiende a las cosas divinas, pero huye de la materia terrenal. Pero huir no es dejar la tierra, sino estar en la tierra, mantener la justicia y la sobriedad, renunciar a los vicios, no a los usos de los elementos. David el santo huía (De Poenit. dist. 2, cap. Ut cognoverunt, § Fugerat) de la presencia de Saúl; no para dejar la tierra, sino para evitar el contagio de un hombre cruel, desobediente y pérfido. Pero huía adhiriéndose a Dios, como él mismo dice: "Mi alma se adhiere a ti" (Sal. LXII, 9). Se apartaba y se elevaba de los vicios de este siglo, elevaba su alma como Isaac en el campo, o se alienaba, o (como otros tienen) paseaba. Pues esto también muestra tener familiaridad con las virtudes, para que cada uno pasee en la inocencia de su corazón, no se mezcle en el uso de los vicios terrenales, y recorra un camino irreprochable con el paso inofensivo de la mente, y no abra en sí mismo lugar a la corrupción.

7. Así era Isaac cuando esperaba a Rebeca que venía, preparándose para la unión espiritual. Pues venía ya dotada de los misterios celestiales: venía trayendo consigo grandes adornos de

oídos y manos; porque la belleza de la Iglesia se destaca por el oído y las obras, a la cual advertimos que se le dice correctamente: "Sé en mil millares, y tu descendencia posea las ciudades de los adversarios." Por lo tanto, la Iglesia es hermosa, que ha adquirido hijos de las naciones enemigas. Pero esto también puede atribuirse al alma, que somete las pasiones del cuerpo y las convierte en oficios de virtudes, y hace obedientes a los movimientos rebeldes. Por lo tanto, o el alma del Patriarca viendo el misterio de Cristo, viendo a Rebeca venir con vasos de oro y plata, como la Iglesia con el pueblo de las naciones, maravillada por la belleza del Verbo y sus sacramentos, dice: "Bésememe con los besos de su boca" (Cant. I, 1). O Rebeca, viendo al verdadero Isaac, la verdadera alegría, el verdadero gozo, desea besar.

8. Primer proceso del alma. ¿Qué significa entonces: "Que me bese con los besos de su boca"? Considera ya sea a la Iglesia, que durante mucho tiempo ha estado esperando la llegada prometida del Señor a través de los Profetas, o al alma, que al elevarse del cuerpo, renunciando a la lujuria, los placeres y las delicias carnales, despojada también de la preocupación por las vanidades mundanas, anhela desde hace tiempo la infusión de la presencia divina y la gracia del Verbo salvador, lamentándose de que llegue tarde y afligiéndose; y por eso, como herida de amor, al no poder soportar su demora, se vuelve al Padre para rogarle que le envíe al Verbo de Dios; y declara la razón de su impaciencia, diciendo: "Que me bese con los besos de su boca". No busca un solo beso, sino muchos besos, para poder satisfacer su deseo. Pues quien ama no se contenta con la escasez de un solo beso, sino que exige más, reclama más; y así se acostumbra a recomendarse más al amado. Finalmente, aquella en el Evangelio fue probada así: porque "no cesó", dice, "de besar mis pies... y por eso se le perdonaron muchos pecados, porque amó mucho" (Luc. VII, 45 y 47). Por lo tanto, este alma también desea muchos besos del Verbo, para ser iluminada con la luz del conocimiento divino. Este es el beso del Verbo, es decir, la luz del conocimiento sagrado. Dios Verbo nos besa cuando ilumina nuestro corazón y el mismo espíritu principal del hombre con el conocimiento divino, por lo cual el alma, dotada con la prenda nupcial de la caridad, dice alegre y exultante: "Abrí mi boca y atraje el espíritu" (Sal. CXVIII, 131). El beso es aquello por lo cual los amantes se adhieren mutuamente y parecen disfrutar de la dulzura de una gracia interior. A través de este beso, el alma se adhiere al Verbo de Dios, por el cual se le transfiere el espíritu del que besa: así como aquellos que se besan no se contentan con el simple contacto de los labios, sino que parecen infundirse mutuamente su espíritu.

9. Mostrando así que no solo ama la apariencia del Verbo y un cierto rostro, sino todo su interior, añade a la gracia de los besos: "Porque mejores son tus amores que el vino, y el olor de tus ungüentos sobre todos los aromas" (Cant. I, 2). Ella pidió un beso: Dios Verbo se le infundió por completo y le reveló sus amores, es decir, sus doctrinas y las disciplinas de la sabiduría interior, y perfumó con el dulce olor de sus ungüentos. Capturada por ellos, dice que la alegría del conocimiento divino es más abundante que la alegría de todo placer corporal. Pues en el Verbo se aspira el olor de la gracia y el perdón de los pecados, que difundido por todo el mundo, llenó todo como un ungüento derramado; porque por todo el universo se ha limpiado la pesada suciedad de los vicios.

10. Por eso, dice, "las doncellas te amaron. Atráenos, para que corramos tras el olor de tus ungüentos" (Ibid., 2 y 3). Buena es la prudencia, pero dulce es la misericordia. Pues pocos alcanzan aquella, esta llega a todos. Por esta indulgencia, dice, te aman las almas renovadas en el espíritu. Por eso se dice al alma: "Se renovará como el águila tu juventud" (Sal. CII, 5). Pues hablaba al alma, diciendo: "Bendice, alma mía, al Señor" (Ibid., 1). Y por eso se apresura al Verbo y ruega ser atraída, no sea que quede abandonada; porque el Verbo de Dios

corre y no está atado. Finalmente, exulta como un gigante para correr su camino. Y porque su salida es desde el extremo del cielo y su recorrido hasta su extremo, viendo que no puede igualar tal velocidad, dice: "Atráenos". Buen alma, que no ruega solo por sí misma, sino por todos. "Atráenos", dice. Pues tenemos el deseo de seguir, que inspira la gracia de tus ungüentos: pero como no podemos igualar tus carreras, atráenos, para que, sostenidas por tu ayuda, podamos seguir tus huellas. Pues si tú nos atraes, también correremos nosotros y captaremos los soplos espirituales de velocidad. Pues se deposita la carga en aquellos a quienes tu mano es apoyo, y se infunde tu aceite, con el cual fue curado aquel que fue herido por los ladrones. Y para que no te parezca impudente lo que dice: "Atráenos", escucha al que dice: "Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar" (Mat. XI, 28). Ves que nos atrae de buena gana, para que no quedemos atrás siguiéndole. Pero quien quiere ser atraído, corra para alcanzar: y corra olvidando lo que queda atrás y deseando lo que está adelante; pues así podrá alcanzar a Cristo. Por eso también el Apóstol dice: "Corred de tal manera que todos alcancéis" (I Cor. IX, 24). También ella desea llegar al premio, que desea alcanzar. Prudente, por tanto, ruega ser atraída: porque no todos pueden seguir. Finalmente, a Pedro que decía: "¿A dónde vas?", respondió el Verbo de Dios: "No puedes seguirme ahora, pero me seguirás después" (Juan XIII, 66). Le había confiado las llaves del reino de los cielos, y al seguirle se juzgó a sí mismo incapaz. Sin embargo, no postergó a esta alma; porque no presumía, sino que rogaba.

CAPÍTULO IV.

El alma perfecta es introducida en la cámara del Rey. A la que se queja de estar oscurecida por la contaminación del cuerpo, Cristo le ordena que se reconozca a sí misma y salga, etc. La misma es comparada con la yegua de Salomón. ¿Qué significan los pozos que cavó Isaac? ¿Y de qué manera, finalmente, Cristo, llamado por el alma, regresa saltando, y también le halaga?

11. Segundo proceso del alma. — Finalmente dice: "El rey me introdujo en su cámara" (Cant. I, 3). Bienaventurada el alma que entra en los secretos del Verbo. Al levantarse del cuerpo, se aleja de todo lo que busca y examina dentro de sí misma, si de alguna manera puede alcanzar esa divina presencia. Cuando puede comprenderlo, superando lo inteligible, se confirma en ello y se alimenta de ello. Tal era Pablo, que sabía que había sido arrebatado al paraíso: pero si fue arrebatado fuera del cuerpo o en el cuerpo, no lo sabía. Pues su alma se había elevado del cuerpo, y se había apartado y elevado de las entrañas y ataduras de la carne; y hecho ajeno a sí mismo, retuvo dentro de sí las palabras inefables que escuchó, y no pudo divulgarlas; porque advirtió que no es lícito al hombre hablar de ellas. Por lo tanto, el buen alma desprecia lo visible y lo sensible, ni se detiene en ellas, ni se demora y reside en despreciarlas: sino que asciende a aquellas cosas eternas e invisibles, llenas de maravillas, elevándose con puro sentido de una mente piadosa. Pues buscando la perfección, solo se enfoca en ese bien de la Divinidad, y no considera que deba buscar otra cosa; porque tiene lo que es supremo. Así, el hombre de este tipo, en quien reside la belleza del alma, se basta a sí mismo, porque él mismo es suficiente para sí. Y nunca está solo, a quien el Señor asiste como guía.

12. Finalmente, introducida en ese secreto divino, dice: "Regocijémonos y alegrémonos en ti, y amemos tus amores más que el vino" (Cant. I, 3). Pues el justo no se regocija en riquezas, ni en tesoros de oro y plata, ni en los frutos de las posesiones, ni en los poderes, ni en los banquetes, sino solo en Dios.

13. Sin embargo, el mismo alma, reconociéndose oscurecida por la asociación con el cuerpo, dice a otras almas, o a aquellas potestades celestiales y dedicadas al ministerio sagrado: "No me miréis porque estoy oscurecida; porque no me ha mirado el sol. Los hijos de mi madre lucharon contra mí" (Ibid., 5), es decir, me atacaron las pasiones del cuerpo, las seducciones de la carne me colorearon; por eso el sol de justicia no brilló sobre mí: privada de su protección, no pude guardar mi devoción y plena observancia; esto es, "No guardé mi viña" (Ibid.), porque traje espinas y no uvas, es decir, haciendo pecados en lugar de frutos.

14. Y cuando habla del Verbo, iluminada por el esplendor del Verbo, se vuelve a él y dice: "¿Dónde pastoreas? ¿Dónde reposas al mediodía?" (Ibid., 6). Correctamente dice: "¿Dónde pastoreas?", porque el Verbo de Dios es real: "¿Dónde reposas?", porque es moral: "Al mediodía", porque es místico. Pues al mediodía, José, estando en el banquete con sus hermanos, revelaba los misterios de los tiempos futuros. Pero también David dice: "Revela al Señor tu camino, y espera en él, y él hará: y sacará a la luz tu justicia, y tu juicio como el mediodía" (Sal. XXXVI, 5). Y el mismo Pablo afirmó que una luz le rodeó al mediodía (Hech. IX, 3), cuando se convirtió de la persecución a la gracia. Se queja, por tanto, de haber sido abandonada, de haber sido dejada pobre siendo rica. Pues abundaba en el don de las gracias: pero comenzó a carecer cuando se le negó la abundancia de la presencia divina; y por eso pide ser considerada al menos como una mercenaria, quien antes reclamaba para sí la gracia de un vínculo más precioso.

15. A lo cual responde el Verbo de Dios: "Si no te conoces a ti misma, hermosa entre las mujeres" (Cant. I, 7); que te quejas de haber sido dejada, si no te conoces a ti misma, si no te arrepientes de tu caída, si no apruebas la intención de tu devoción, si tu fe y sinceridad no aumentan, la queja no servirá de nada. O así: Si no te conoces a ti misma porque eres hermosa, si no conservas la belleza de tu naturaleza, y las seducciones del cuerpo no te hundan, ni los impedimentos te detienen, nada te ayudará la nobleza de una creación mejor.

16. Conócete, pues, a ti misma, y la belleza de tu naturaleza, y sal como quien se despoja de las ataduras del pie, y con el pie desnudo; para que no sientas los revestimientos carnales: que la atadura de tu mente no enrede las ataduras corporales; para que tu pie aparezca hermoso. Pues tales son los que son elegidos por el Señor para anunciar el reino de los cielos, de quienes se ha dicho: "¡Cuán hermosos son los pies de los que anuncian la paz!" (Isa. LII, 7). Tal era Moisés, a quien se le dice: "Descalza el calzado de tus pies" (Éxod. III, 5); para que, al llamar al pueblo al reino de Dios, primero depusiera las vestiduras de la carne, y caminara con el espíritu desnudo y el pie de la mente. Esto es, por tanto, lo que dice: "Sal tú en los talones de los reyes, y apacienta tus cabritos en las tiendas de los pastores" (Cant. I, 7); porque por los rebaños entendemos el reino, ya que es potestad presidir sobre los rebaños. Pero cada uno preside sobre sí mismo con una cierta potestad real, si refrena en sí mismo los lujos del cuerpo, y somete su carne a la servidumbre. Por eso se ha dicho: "El reino de Dios está dentro de vosotros" (Luc. XVII, 21). Por eso dice bellamente al alma: "Sal", es decir, sal del servicio, sal del imperio y dominio de la carne: y sal no en la carne, sino en el espíritu: sal al gobierno de la potestad. Por eso añadió: "Apacienta tus cabritos". Gobierna lo que está en tu izquierda; pues si no se gobiernan, fácilmente caen. Refrena la petulancia, la lascivia de tu cuerpo, y la irracional lujuria: doma los movimientos ligeros, apacientalos no en tabernáculos corporales, sino en las tiendas de los pastores, que saben gobernar el rebaño. Pues son amables las tiendas de Israel como bosques que dan sombra sobre el río, en las cuales el alma, como en un campamento bélico, ejerce una buena milicia, explora los ataques enemigos, busca la victoria con el trabajo de la virtud; para que pueda compararse a aquella yegua que es de Salomón, veloz para correr, hábil para parir (Cant. I, 8); porque se desea y se busca la fecundidad del alma.

17. Esta yegua, por tanto, es preciosa, y los carros de Faraón veloces; lo que algunos refieren a la Iglesia y al pueblo. Pero de este misterio hemos hablado en otros lugares con frecuencia, y especialmente en el Salmo ciento dieciocho (Serm. 2 en Sal. CXVIII). Sin embargo, en este lugar hemos asumido hablar del alma. Esta alma se considera similar a esta yegua, es decir, de virtud profética o apostólica, que se cuenta en el rebaño de aquellos que con la fecundidad de su predicación llenaron los espacios de toda la tierra; y aunque constituidos en el cuerpo, no sintieron ninguna pérdida en su carrera espiritual. Por eso se alaba que, iluminada por el precepto celestial, ya sea hermosa, ya sea bella, que muestre en su rostro la belleza de la castidad, y levante los adornos de su cuello, en el cual están las insignias de la paciencia y la humildad. Isaac verdadero amaba la belleza, la humildad, la paciencia de tal alma; y por eso buscaba ávidamente su descendencia.

18. Pero concibió Rebeca, y con su paciencia desató el nudo de la esterilidad. Consideremos, pues, qué da a luz el alma profética y apostólica, y cómo da a luz: "Fue", dice, "a consultar al Señor" (Gén. XXV, 22), porque los niños saltaban en su vientre. Y recibió respuesta: "Dos naciones hay en tu vientre" (Ibid., 23); porque no presume nada por sí misma: sino que en todo pide al sumo Dios como guía de sus consejos: al mismo tiempo, llena de paz y piedad, conecta dos pueblos con su fe y predicación, y los encierra como en su vientre.

19. Que no sin razón se llama más hermana que esposa, porque el alma mansa y pacífica recibe más el nombre de una piedad común que de un vínculo especial; y porque se considera más obligada a todos que a uno solo.

20. Isaac cavó pozos; y muchos, en efecto, que había cavado su padre, y los llenaron después de la muerte de Abraham, los patriarcas de aquel lugar, los extranjeros. Sin embargo, cavó estos pozos, uno en el valle de Gerar, y encontró allí un pozo de agua viva: y los pastores de Gerar disputaron con los pastores de Isaac; porque reclamaban el agua de ese pozo como propia, y lo llamó Injusticia. Y cavó otro pozo, en el cual surgió una disputa; y le puso el nombre de Enemistades. Y cavó un tercer pozo, en el cual no hubo disputa entre los pastores, y lo llamó Amplitud. Cavó también el pozo del Juramento, y no encontró en él agua; y lo llamó pozo del Juramento.

21. ¿Quién leyendo esto, pensaría que son más obras terrenales que espirituales, que Abraham cavó pozos, o Isaac, patriarcas tan grandes, o incluso Jacob, como también encontramos en el Evangelio (Juan IV, 12), como ciertas fuentes del género humano, y especialmente de devoción y fe? ¿Qué es, pues, un pozo de agua viva, sino la profundidad de la doctrina? Por eso Agar vio al ángel junto al pozo, y Jacob encontró a Raquel como esposa junto al pozo: Moisés también colocó sus primeros méritos de matrimonio junto al pozo.

22. Desde el pozo de la visión, Isaac comenzó a abrir pozos, y en buen orden; para que el agua de ese pozo primero lavara y cuidara el ojo razonable del alma, para que hiciera su visión más clara. También cavó otros pozos más. Por eso está escrito: "Bebe agua de tus vasijas, y de los manantiales de tus pozos" (Prov. V, 15). Cuantos más haya, tanto más abundante es la redundancia de las gracias. Sin embargo, cavó el pozo que había cavado su padre Abraham, del cual disputaron los pastores de Gerar, es decir, de la muralla. Pues donde hay muralla, hay división entre los que luchan, allí hay injusticia; y por eso lo llamó Injusticia. También cavó otro, y surgida la disputa, lo llamó Enemistades. En los cuales parece brillar la doctrina moral; porque al quitar el muro de la muralla, se disolvieron las enemistades en la carne del hombre, y se hicieron ambos uno en figura por Isaac, en verdad por Cristo; y con razón después se encontró agua pura en ese pozo, como doctrina moral útil

para beber. ¿Qué significa el pozo de la Amplitud sino la disciplina de las cosas naturales? Por eso también se llama Amplitud, porque sin contienda, sin disputa, ya está tranquilo y seguro, quien ha superado estas cosas mundanas y sensibles. Por eso, superados ya los pensamientos adversos y extrajeros (pues ¿qué es más ajeno que todas las cosas mundanas, que no pueden ser perpetuas?) puede el sabio decir: "El Señor nos ha ensanchado, y nos ha aumentado sobre la tierra" (Gén. XXVI, 22), porque ha trascendido lo terrenal. El último es el pozo del Juramento, en el cual se le apareció Dios, y le dijo: "No temas, porque yo estoy contigo" (Ibid., 24). Y lo bendijo. Esta doctrina ya es mística.

23. Tienes esto en Salomón; porque sus Proverbios son morales; Eclesiastés es natural, en el cual desprecia como vanidades este mundo; sus Cantares son místicos. Tienes también en el profeta: "Sembrad para vosotros en justicia, cosechad para el fruto de la vida, iluminad para vosotros la luz del conocimiento" (Ose. X, 12). Pues esta es la luz del conocimiento, tener la perfección de la caridad. Por eso se ha dicho: "No temas"; porque la caridad excluye el temor. Para que sepamos, sin embargo, que también Salomón interpretó así estos pozos, refiriéndolos a la doctrina moral, natural y mística, en cada uno de sus libros que escribió sobre morales, naturales o místicos, puso estos pozos.

24. Pues también en los Proverbios, cuando decía que se debía evitar la apariencia de la seducción mundana, dice: "Bebe agua de tus vasijas, y de los manantiales de tus pozos, y que tus aguas fluyan de tu fuente" (Prov. V, 15). Y más adelante: "Que tu fuente de agua sea para ti propia, y alégrate con la esposa" (Ibid., XVIII); porque contra las tentaciones del mundo, la verdadera sabiduría es nuestro remedio. También la doctrina moral, que diluye con su riego y limpia con el flujo de su fuente la imagen del placer mundano manchada con ciertos maquillajes de prostitución.

25. También sobre las cosas naturales tienes en Eclesiastés dicho: "Me hice estanques de agua para regar de ellos el bosque germinante" (Ecles. II, 6). No te sorprenda que haya puesto estanques en lugar de pozos; porque también Moisés llamó pozo de Amplitud, porque se libera de toda preocupación y angustia quien ha trascendido este mundo con una mente piadosa. No sin razón, por tanto, Eclesiastés tiene estanques, quien vio que no hay abundancia bajo el sol: pero si alguien quiere abundar, que abunde en Cristo.

26. Y nos queda un pozo místico, que también encontramos en el Cantar de los Cantares, donde la Escritura dice: "Fuente de jardines, pozo de aguas vivas, que corren impetuosas desde el Líbano" (Cant. IV, 15). En efecto, si persigues la profundidad de los misterios, el pozo te parece como si la sabiduría mística estuviera situada en lo profundo; pero si deseas extraer la abundancia de la caridad, que es mayor y más rica que la fe y la esperanza, entonces es una fuente para ti. La caridad es exuberante, de modo que puedes extraerla de cerca y regar con su abundancia tu jardín, rebosante de frutos espirituales. Y porque más allá de este pozo está la amplitud, quien tiene caridad; por eso dijo que donde hay caridad, allí descende un gran ímpetu desde el Líbano. Y para que no te perturbe que haya llamado al mismo tiempo pozo y fuente, también el Evangelio te instruye, donde está escrito: "Jesús llegó a una ciudad de Samaria llamada Sicar, cerca del terreno que Jacob dio a su hijo José. Allí estaba el pozo de Jacob. Y, cansado, se sentó así junto al pozo" (Juan IV, 5 y 6). De ahí que también reconozcamos que este pozo se refiere a la doctrina mística, porque allí la samaritana, es decir, la guardiana (guardiana de los preceptos celestiales), extrajo de ese pozo los misterios divinos, reconociendo que Dios es espíritu y no se adora en un lugar, sino en espíritu (Ibid., y sig. 24); y que el Mesías es Cristo. Y por eso, quien aún es esperado por los

judíos, ya ha venido. Al escuchar esto, aquella mujer que representa a la Iglesia, conoció los sacramentos de la ley y creyó.

27. En el mismo libro del Cantar de los Cantares, Salomón expresó claramente esta triple sabiduría; aunque en los Proverbios dijo (Prov. XXII, 20) que quien quisiera escuchar su sabiduría debería escribirla de tres maneras. Así, en el Cantar, la esposa dice del esposo: "He aquí que mi esposo es mi primo, en verdad hermoso: nuestra inclinación es oscura, las vigas de nuestras casas son de cedro, nuestros techos de ciprés" (Cant. I, 15 y 16). Podemos interpretar esto moralmente. ¿Dónde descansan Cristo y la Iglesia, sino en las obras de su pueblo? De hecho, donde había impudicia, donde había soberbia, donde había iniquidad, allí dijo el Señor Jesús: "El Hijo del Hombre no tiene dónde reclinar su cabeza" (Mat. VIII, 20).

28. ¿Y qué tomamos de lo natural? "A su sombra deseé y me senté, y su fruto es dulce en mi boca" (Cant. II, 3). Porque quien supera lo terrenal, y para quien lo mundano muere (pues el mundo está crucificado para él, y él para el mundo), huye y desprecia todo lo que está bajo el sol.

29. También dice de lo místico: "Llévame a la casa del vino, establece en mí la caridad" (Cant. II, 4). Porque así como la vid abraza su viña, así el Señor Jesús abraza a su pueblo como una vid eterna con ciertos brazos de caridad.

30. Considera cada cosa. En lo moral es una flor, y entre las espinas un lirio, como él mismo dice: "Yo soy la flor del campo, y el lirio de los valles" (Ibid., I). En lo moral, por tanto, es una flor. En lo natural, el sol de justicia, que al salir y resurgir ilumina, al ponerse oscurece. Cuida que no se ponga para ti, porque está escrito: "No se ponga el sol sobre vuestro enojo" (Efes. IV, 26). En lo místico es caridad, porque la plenitud de la ley es Cristo. Y por eso la Iglesia, que ama a Cristo, está herida de caridad.

31. Esta caridad, por tanto, la despierta y la resucita hasta que recibe su voz y llama a su presencia; porque el buscado no solo viene, sino que también viene saltando: "Saltando sobre los montes, y brincando sobre las colinas" (Cant. II, 8). Salta sobre las almas de mayor gracia, brinca sobre las de menor. O así: ¿cómo viene saltando? Viene a este mundo con un cierto salto. Estaba con el Padre, vino a la Virgen, y de la Virgen saltó al pesebre. Estaba en el pesebre, y brillaba en el cielo, descendió al Jordán, ascendió a la cruz, descendió al sepulcro, resucitó del sepulcro, y se sienta a la derecha del Padre. De allí, como un cervatillo de ciervos, que desea las fuentes de agua, descendió a Pablo, y lo rodeó de luz, y saltó sobre la santa Iglesia, que es Betel, que se dice casa de Dios. Porque la vocación de Pablo es la firmeza de la Iglesia.

32. Vino, pues, y primero está detrás de la pared, para disolver las enemistades del alma y del cuerpo, quitando la pared que parecía traer impedimento a la concordia. Luego mira por las ventanas. ¿Cuáles son las ventanas? Escucha al profeta diciendo: "Las ventanas están abiertas desde el cielo" (Isa. XXIV, 18). Sin duda, significa a los profetas, por quienes el Señor miró a la humanidad antes de descender él mismo a la tierra.

33. Y hoy, si alguna alma lo busca mucho, mucho merecerá de misericordia; porque a quien mucho busca, mucho se le debe. Si alguna alma, pues, lo busca con más empeño, de lejos escucha su voz: y aunque lo busque entre otros, antes que aquellos a quienes pregunta, escucha su voz. Lo ve venir saltando hacia ella, es decir, apresurándose y corriendo, y brincando sobre aquellos que, de corazón débil, no pueden captar su virtud; finalmente, lo ve mirando a través de los enigmas de los profetas, leyéndolos y reteniendo sus palabras, lo ve

mirando, pero como a través de una ventana, no aún como presente. Lo ve sobresaliendo sobre las redes. ¿Qué es esto, sino quizás porque esas redes son para nosotros, no para él? Son redes, porque esa alma aún está dentro de lo sensible y mundano, que acostumbran a capturar la mente del hombre y envolverla en su propio seno. Así, aún puesta en lo secular, pero buscándolo, se muestra a través de las redes.

34. Por tanto, dice a un alma de este tipo: "Levántate, ven, amiga mía" (Cant. II, 10), es decir, levántate de los placeres del mundo, levántate de lo terrenal, y ven a mí, que aún trabajas y estás cargada, porque te preocupas por las cosas del mundo. Ven sobre el mundo, ven a mí, porque yo he vencido al mundo. Ven cerca de mí, ya hermosa con el esplendor de la vida eterna, ya paloma, es decir, mansa y apacible, ya toda llena de gracia espiritual. Con razón, pues, ya no debe temer las redes, cuando quien llama al alma es aquel que no pudo ser capturado por las tentaciones y redes del mundo. Porque mientras nosotros, los hombres, caminamos en medio de trampas, por el deseo de alimento estamos sujetos a redes y trampas. Él, estando en el cuerpo, no temía las redes, sino que sobresalía sobre ellas, es decir, sobre las tentaciones del mundo y las pasiones del cuerpo; más aún, hacía que otros sobresalieran. Por eso, queriendo también fundar a esta alma, decía: "Levántate, ven, amiga mía, no temas las redes".

35. Ya ha pasado el invierno (Ibid., 11), es decir, ha llegado la Pascua, ha llegado la indulgencia, ha llegado la remisión de los pecados, ha cesado la tentación, la lluvia ha pasado, la tormenta ha pasado y la agitación. Antes de la venida de Cristo es invierno, después de su venida hay flores. Por eso dice: "Las flores se han visto en la tierra" (Ibid., 12). Donde antes había espinas, ahora hay flores. "Ha llegado el tiempo de la poda". Donde antes era desierto, ahora hay cosecha. "La voz de la tórtola se ha oído en nuestra tierra". Bien añadió el profeta, "Nuestra", como admirándose de que donde antes había impudicia, ahora hay castidad.

36. "La higuera ha dado sus higos" (Ibid., 13). La que antes, como infructuosa, se ordenaba cortar, ahora ha comenzado a dar frutos. Pero, ¿por qué dudas de que dijo higos? Desprende los primeros, para que los posteriores sean mejores. El higo, como fruto de la Sinagoga, se desecha; pero el de la Iglesia se renueva.

37. Y aunque haya plena tranquilidad, y los misterios hayan madurado, sin embargo, dice de nuevo: "Levántate segura bajo la protección de la roca" (Ibid., 14), es decir, segura bajo la protección de mi pasión y el amparo de la fe. Porque han extraído miel de la roca, y aceite de la roca más firme. Con esta protección, las almas de los piadosos ya no están desnudas, y esta es su defensa. Por eso, también a esta alma le dice: "Y ven tú, paloma mía, bajo la protección de la roca según la defensa, muéstrame tu rostro, y hazme oír tu voz". La exhorta a la confianza, para que no se avergüence de la cruz de Cristo, ni de su sello. La exhorta a la confesión, quiere que se eliminen todas las insidias; para que el buen olor de la fe se exhale, para que el día brille, para que la sombra de lo adverso no cause daño; porque quien está junto a Cristo dice: "La noche ha pasado, el día se ha acercado" (Rom. XIII, 12). Hay también una sombra de lo secular que ha pasado, y el día de lo celestial es Cristo, que brilla para sus santos. Esta alma recibe buenas prendas de caridad.

CAPÍTULO V.

El esposo, nuevamente perdido por el alma en el lecho en las noches, etc., se busca en vano; ¿y por qué? Sin embargo, después se encuentra; ¿cómo debe ser retenido? Luego, las hijas de

Jerusalén admiran a este que asciende con la esposa desde el desierto, y lo acompañan hasta el tálamo con un epitalamio. Él también adorna con varios elogios al alma llamada más cerca.

38. Tercer proceso del alma.---Pero porque siempre debemos estar solícitos, siempre atentos; y porque la Palabra de Dios salta como una gacela, o como un cervatillo de ciervos, el alma siempre debe vigilar, y extenderse hacia lo que busca, y lo que desea retener. Por eso, como si se le hubiera escapado, "En mi lecho, en las noches, busqué al que ama mi alma. Quien busca bien, busque en el lecho, busque en las noches, que no haya día de descanso, ni noches sin él. Que ningún tiempo esté vacío del deber de la piedad; y si no lo encuentra al principio, persevera en buscarlo. Por eso dice: 'Me levantaré, pues, y buscaré en la ciudad, en el foro, en las plazas' (Cant. III, 2). Y tal vez por eso aún no lo encontré, porque lo busqué en el foro, donde hay disputas; en las plazas, donde hay mercados de cosas vendibles. Porque Cristo no se compra con ninguna moneda.

39. Podemos entenderlo también así. Busca a Cristo en el lecho, quien lo busca con tranquilidad, con paz. Lo busca en las noches, porque hablaba en parábolas. Porque puso las tinieblas como su escondite; y la noche a la noche transmite conocimiento. Luego, porque lo que decimos en nuestro corazón, debe compungirnos en nuestros lechos. Pero aún así no lo encuentra, y por eso dice: 'Me levantaré', es decir, elevaré y alzaré mi intención, para buscar diligentemente, buscar con cuidado: entraré en la ciudad. Hay también un alma que dice: 'Yo soy ciudad fortificada, yo soy ciudad sitiada' (Isa. XXVII, 3). Hay una ciudad fortificada por Cristo, hay aquella ciudad de Jerusalén en el cielo en la que abundan los intérpretes de la ley divina, y los expertos en disciplina: a través de ellos se busca la Palabra de Dios. 'Buscaré', dice, 'en el foro' de esa ciudad, en ese foro donde tratan los consultores de leyes, donde se vende el aceite, que las vírgenes evangélicas compran (Mat. XXV, 9) para que sus lámparas siempre brillen, y no las apague el humo de la iniquidad. 'Buscaré', dice, 'en las plazas' en las que abundan las aguas brotando de aquellas fuentes, de las que Salomón dice que deben beberse (Prov. V, 15).

40. Mientras busca a Cristo, encuentra a los guardianes que están en el ministerio, y les pregunta (Cant. III, 3). Pero el alma que busca a Dios, también pasa de largo a los guardianes. Porque hay misterios que incluso los ángeles desean ver. Por eso Pedro dice: 'Os fueron anunciados por aquellos que os evangelizaron. Con el Espíritu Santo enviado desde el cielo, en el cual los ángeles desean mirar' (I Pedro I, 12). Por tanto, quien ha pasado de largo a los guardianes, encuentra la Palabra. Juan pasó de largo, quien encontró la Palabra con el Padre (Juan I, 1).

41. También hay muchos que buscan a Cristo en el ocio, y no lo encuentran, y lo encuentran en las persecuciones, y lo encuentran pronto. Y por eso, como después de las tentaciones, porque está presente en los peligros de sus fieles: 'Apenas', dice, 'cuando pasé de ellos, lo encontré, lo retuve, y no lo dejé' (Cant. III, 4). Porque todo el que busca, encuentra; y quien lo encuentra, debe adherirse, para no poder perderlo.

42. Y porque a través del Evangelio vemos en la tierra los misterios celestiales figurados, vayamos a aquella María, vayamos también a Magdalena. Consideremos cómo buscaron a Cristo en el lecho de su cuerpo en el que yacía muerto, en las noches, cuando el ángel les dijo: 'Buscáis a Jesús, el crucificado: no está aquí, porque ha resucitado. ¿Por qué buscáis al que vive entre los muertos?' (Mat. XXVIII, 5 y sig.). ¿Por qué buscáis en el sepulcro a quien ya está en el cielo? ¿Por qué buscáis en las ataduras del sepulcro a quien desata todas las ataduras? No es el sepulcro su sede, sino el cielo. Por eso dijo una de ellas: 'Lo busqué, y no lo encontré' (Cant. III, 1).

43. Sin embargo, mientras van a anunciar a los apóstoles, compadecido de las que buscan, Jesús les sale al encuentro diciendo: 'Salve'. Y ellas se acercaron, y abrazaron sus pies, y lo adoraron (Mat. XXVIII, 9). Jesús, pues, es retenido, pero se deleita en ser retenido así, porque es retenido por la fe. De hecho, le agradó también aquella mujer que lo tocó, y fue curada del flujo de sangre, de quien dijo: 'Alguien me ha tocado; porque he sentido que ha salido poder de mí' (Luc. VIII, 46). Toca, pues, y reténlo con fe, y sujeta fielmente sus pies; para que salga poder de él, y sane tu alma. Y si dice: 'No me toques' (Juan XX, 17): tú reténlo; 'Porque aún no he subido a mi Padre', dijo una vez. Dijo: 'No me toques', cuando resucitó: o tal vez se lo dijo a ella que pensaba que había sido robado, y no resucitado por su propio poder. De hecho, en otro libro tienes que a las que retenían sus pies y lo adoraban, les dijo: 'No temáis' (Mat. XXVIII, 10). Retén, pues, también tú, alma, como retenía María, y di: 'Lo retuve, y no lo dejaré' (Cant. III, 4), como decían ambas: Retengámoslo. Ve al Padre, pero no dejes a Eva, para que no caiga de nuevo. Llévala contigo, ya no errante, sino sosteniendo el árbol de la vida. Arrástrala aferrada a tus pies, para que suba contigo: no me dejes, para que la serpiente no vuelva a derramar su veneno, para que no busque de nuevo morder el talón femenino, para que no haga caer a Adán. Diga, pues, tu alma: Te retengo, y te llevaré a la casa de mi madre, y al secreto de la que me concibió; para que conozca tus misterios, para que extraiga tus sacramentos. Recibe, pues, a Eva ya no cubierta con hojas de higuera, sino vestida con el Santo Espíritu, y gloriosa con nueva gracia; porque ya no se esconde como desnuda: sino que se presenta como rodeada del esplendor de un vestido resplandeciente, porque la gracia la viste. Pero tampoco Adán estaba desnudo al principio cuando la inocencia lo vestía (De Poenit. dist. 2, cap. Sed nec Adam).

44. Viéndola, pues, las hijas de Jerusalén adherida a Cristo, y aún ascendiendo con él (porque se digna frecuentemente a salir al encuentro de los que lo buscan, y condescender para elevarlos) dicen: '¿Quién es esta que sube del desierto?' (Cant. III, 6). Este desierto parece un lugar de la tierra inculto, cubierto de espinas y cardos de nuestros pecados. Se maravillan, evidentemente, de cómo el alma que antes se dejaba en el infierno, se adhiere a la Palabra de Dios, y ha ascendido como un brote de vid, elevándose a lo alto, como humo nacido del fuego, y buscando las alturas, además de arder en buenas obras. Pero aquel olor de la oración piadosa exhala suavidad, que se dirige como incienso ante Dios. Y en el Apocalipsis leemos que: 'El humo del incienso subió de las oraciones de los santos' (Apoc. VIII, 4), que se ofrecen encendidas por el ángel, las oraciones de los santos, sobre aquel altar de oro que está ante el trono de Dios, y como un suave unguento de piadosa súplica arde; porque está compuesto de la petición de cosas eternas e invisibles, no de corporales: pero especialmente huele a mirra e incienso, porque ha muerto al pecado, y vive para Dios.

45. Viéndola, pues, ascender y no resistir, y deleitadas con los olores de sus méritos, reconociendo también que es la esposa de aquel Salomón pacífico, la siguen con diligente compañía hasta el lecho de Salomón; porque a ella se le debe el verdadero descanso en Cristo. Porque el lecho de los santos es Cristo (Cant. III, 7), en el que descansan todos los corazones cansados de las batallas seculares. En este lecho descansó Isaac, y bendijo al hijo menor diciendo: 'El mayor servirá al menor' (Gen. XXV, 23). En este lecho, recostado Jacob, bendijo a los doce Patriarcas. En este lecho, recostada, la hija del jefe de la sinagoga se levantó de la muerte. En este lecho, yacente, el difunto de la viuda, llamado por la voz de Cristo, disolvió las ataduras de la muerte.

46. Llevada, pues, la esposa hasta el descanso del esposo, cantan el cántico nupcial diciendo a las hijas de Jerusalén: 'Salid, y ved al rey Salomón con la corona con que lo coronó su madre en el día de sus bodas' (Cant. III, 11). Cantan el epitalamio, y llaman a las demás potestades

celestiales, o almas; para que vean el amor que Cristo tiene hacia las hijas de Jerusalén. Por eso mereció ser coronado por su madre como hijo del amor, como Pablo muestra diciendo: 'Porque Dios nos libró del poder de las tinieblas, y nos trasladó al reino del hijo de su amor' (Col. I, 13). Por tanto, el hijo del amor y él mismo es amor, no teniendo amor por accidente: sino teniéndolo siempre en su sustancia como el reino, del que dice: 'Para esto he nacido' (Juan XVIII, 17). Por eso dicen: 'Salid', es decir, salid de las preocupaciones y pensamientos del mundo, salid de las angustias corporales, salid de las vanidades del mundo, y ved cuán glorioso es el rey pacífico en el día de sus bodas; cuán glorioso es, porque dio la resurrección a los cuerpos, y unió las almas a sí mismo. Esta es la gran corona de la lucha, este es el espléndido don de las bodas de Cristo, su sangre y su pasión. ¿Qué más pudo dar, quien ni siquiera se perdonó a sí mismo, y ofreció su alma a la muerte por nosotros?

47. El mismo Señor Jesús, deleitado por la fe de esta alma, su confesión, gracia y alabando sus méritos, la llama más cerca diciendo: Ven desde el Líbano, esposa, ven desde el Líbano: pasarás y atravesarás desde el principio de la fe desde la cumbre de Sanir y Hermón, desde las cuevas de los leones, desde los montes de los leopardos (Cant. IV, 8), es decir: Sal del cuerpo y despoja todo de ti. No puedes estar presente para mí, a menos que primero te alejes del cuerpo; porque los que están en la carne están alejados del reino de Dios. Ven, dice, ven. Bien lo repitió, porque ya sea presente o ausente, debes estar presente y agradar al Señor tu Dios. Preséntate presente, preséntate ausente, aunque aún estés en el cuerpo. Para mí, todos están presentes, aquellos cuya fe está conmigo. Está presente para mí, quien ha salido del mundo. Está presente para mí, quien me piensa, me contempla, espera en mí, para quien yo soy su porción. Está presente para mí, quien se ha negado a sí mismo. Está conmigo quien no está dentro de sí mismo; porque quien está en la carne, no está en el espíritu. Está conmigo quien sale de sí mismo. Está cerca de mí quien ha estado fuera de sí. Está completo para mí quien por mí ha perdido su alma. Y por eso, ven esposa, ven, pasarás desde el principio de la fe. Pasa y atraviesa desde la tierra, y atraviesa quien ha llegado a Cristo. Pasa por el mérito de la fe y la claridad de las obras, que brilla como Sanir y Hermón, es decir, pasa por el camino de la lámpara venciendo las tentaciones del mundo y superando las maldades espirituales, buscando la corona del combate legítimo; y por eso mereció ser alabada por Cristo como juez.

48. Jardín cerrado, hermana mía, esposa, jardín cerrado, fuente sellada, tus brotes son un paraíso de granados con fruto de manzanas de Ciprés (Cant. IV, 12). La esposa es alabada porque es un jardín, teniendo en sí el aroma de aquel campo lleno, del cual Isaac dice: El aroma de mi hijo es como el aroma de un campo lleno (Gen. XXVII, 27). Por lo tanto, el alma buena exhala el aroma de la justicia. Y tal vez el campo es el Patriarca; el jardín es el alma de alguien inferior, como una porción del campo; y el jardín está cerrado, para que no sea invadido por las bestias; y la fuente sellada que con la integridad del sello y la perseverancia de la fe ha lavado sus propios pecados. Pues lo que ha recibido de la Iglesia, tiene lo que puede referir a la gracia de la virginidad; porque puesta en el paraíso de la delicia, sin trabajo toma frutos espirituales, para que las almas de los patriarcas con un cierto trabajo rural le ofrezcan sus frutos, para que pueda captar la dulzura eterna. Con razón se dice fuente sellada, porque en ella se expresa la imagen invisible de Dios. También alaban los dones del alma que fueron enviados por el esposo, con los cuales venía dotada. La dote del alma piadosa son los buenos aromas, mirra, áloe, azafrán, con los cuales exhala la gracia de los jardines, y se elimina el hedor de los pecados.

49. Así, segura con tan gran elogio, busca descansar del viento del norte pesado (Cant. IV, 16), para que no disperse las flores, y que sople el austro, es decir, desea que pase el invierno,

y que florezca la suavidad de un soplo más suave (Cant. V, 1). Invita al esposo a su jardín. Desciende el esposo, y deleitado por la diversidad de sus frutos, se alegra de haber encontrado un alimento más fuerte, y también más dulce. Pues es como un cierto pan de la palabra, y miel: un discurso es más vehemente, otro más persuasivo. Y hay una fe más ferviente, como el vino: otra más clara, como el jugo de la leche. Este alimento Cristo lo disfruta en nosotros, esta bebida la bebe, y con la embriaguez de su bebida nos provoca, para que hagamos un paso de lo inferior a lo mejor y óptimo.

CAPÍTULO VI.

Después de repasar brevemente los tres procesos anteriores del alma perfecta, discute extensamente el cuarto. En este, el alma dormida es despertada por el esposo. Pero mientras se demora en levantarse, el Verbo pasa. Ella, saliendo, lo busca a través de las heridas del amor y finalmente lo encuentra, y lo retiene para no perderlo más.

50. Al escuchar esto, el alma bebió la embriaguez de los misterios celestiales, y como adormecida por el vino, y casi puesta en un éxtasis o estupor, dice: Yo duermo, pero mi corazón vela (Cant. V, 2). Entonces, golpeada por la luz del Verbo presente, cuando había descansado con los ojos cerrados, es despertada por el Verbo. Este es el cuarto proceso del alma. Primero, impaciente de amor y no soportando las demoras del Verbo, rogaba para merecer los besos, y mereció ver lo deseado. Segundo, introducida también en la cámara del rey, mientras mezclaba mutuas palabras, descansó a su sombra, y de repente el Verbo se apartó de ella en medio del discurso; sin embargo, no estuvo ausente por mucho tiempo, sino que saltando sobre los montes y brincando sobre las colinas llegó. No mucho después, como un corzo o un cervatillo, mientras hablaba con su amada, saltó y la dejó. Tercero, cuando en el lecho, y en las noches, en la ciudad, en el foro, y en las plazas, buscándolo no lo encontró, en algún momento lo llamó de nuevo con sus oraciones y gracia, hasta que fue llamada más cerca por el esposo. Cuarto, ya dormida por él, es despertada, aunque velaba con el corazón, para que inmediatamente escuchara la voz del que golpea. Pero al demorarse en levantarse, porque no podía comprender la velocidad del Verbo, mientras abría la puerta, el Verbo pasó, y ella salió en su palabra, y buscándolo a través de las heridas, pero las heridas del amor, finalmente lo encontró, y lo retuvo, para no perderlo después. En resumen, he esbozado esto con un discurso conciso (Sup. cap. 3, 4 y 5). Ahora discutamos cada uno.

51. Y si duermes, si ahora Cristo conoce la devoción de tu alma, viene y golpea a su puerta, y dice: Ábreme, hermana mía (Cant. V, 2). Bien hermana, porque las bodas son espirituales entre el Verbo y el alma. Pues las almas no conocen los pactos matrimoniales, ni el uso de la unión corporal, sino que son como ángeles en el cielo. Ábreme, dice, pero cierra a los extraños: cierra al mundo, cierra al mundo, ni tú misma salgas hacia esas cosas materiales, ni dejando tu luz, busques la ajena; porque la luz material infunde una oscuridad tenebrosa, para que no se vea la luz de la verdadera gloria. Ábreme, pues, no abras al adversario, ni des lugar al diablo. Ábrete a mí misma, no te restrinjas, sino dilátate, y te llenaré. Y porque al recorrer el mundo, encontré más molestias y ofensas, y no fácilmente tuve donde descansar: por eso tú abre, para que en ti el Hijo del hombre recline su cabeza, quien no tiene descanso sino sobre el humilde y manso.

52. Al escuchar el alma: Ábreme... y mi cabeza está llena de rocío (Ibid.), es decir, de tentaciones mundanas, de repente turbada, y como si fuera a levantarse, dice, mientras exhalaba aloe y mirra, insignias de sepultura: Me he despojado de mi túnica, ¿cómo me la pondré? He lavado mis pies, ¿cómo los ensuciaré? (Ibid., 3). Pues teme que vuelva a surgir en tentaciones, que vuelva a caer en culpa y pecado, y que sus salidas y procesos de virtudes

comiencen a ensuciarse con huellas terrenales. Ciertamente, incluso de esta manera indica la perfección de su virtud, que mereció tanto amor de Cristo; que venga a ella, y golpee a su puerta, y venga con el Padre, y cene con esa alma, y ella con él, como en el Apocalipsis dijo Juan (Apoc. III, 20). Pues cuando en lo anterior escuchó: Ven desde el Líbano esposa, ven desde el Líbano (Cant. IV, 8); y cuando advirtió que en la carne no podía estar presente para Cristo, sino que estaría presente si estuviera en el espíritu; conformándose a su voluntad, para ser también conforme a la imagen de Cristo, ya no siente las exuvias de la carne; ya como espíritu se despoja de la unión del cuerpo; ya como olvidada, y que si quisiera, no podría recordar esa unión, dice: Me he despojado de mi túnica, ¿cómo me la pondré? Pues se despojó de aquella túnica de piel, que recibieron Adán y Eva después de la culpa, la túnica de corrupción, la túnica de pasiones. ¿Cómo me la pondré? No busca ponérsela: sino que así significa que está desechada, que ya no podría serle un vestido. He lavado mis pies, ¿cómo los ensuciaré? Esto es, he lavado mis huellas, mientras salía, y me elevaba del compañerismo del cuerpo, de esa conexión y familiaridad del abrazo carnal, ¿cómo los ensuciaré; para que regresen al encierro del cuerpo, y a esa oscura prisión de sus pasiones?

53. Mientras ella dice esto, el Verbo envió su operación como a través de una rendija, no aún cara a cara, envió como una mano: Y mi vientre, dice, se turbó por él. Y me levanté para abrir a mi hermano. Mis manos destilaron mirra, mis dedos estaban llenos de mirra sobre las cerraduras de la puerta (Cant. V, 4 y 5). Consideremos qué significa esto. Primero, parece que Dios el Verbo, como dije, a través de sus obras, no completamente y perfectamente: luego el amor se angustia, y el concepto crece, y de las semillas de él que el alma ha recibido en un cierto útero inteligible, desea ver toda la plenitud de su divinidad habitando en él corporalmente, como leemos. Se levantó para ver más de cerca ese Verbo de Dios. Y en esto mismo se significa su proceso, que se levantó por vigor y virtud. Pues la presencia del Verbo infundió virtud al alma, como la presencia de María, cuando estaba embarazada, instruyó a Juan en el útero, tanto que saltó en el útero, y exultó reconociendo la presencia del Señor. Se levantó para abrir, y sus obras y hechos fueron mortificados al mundo. Pues tal debe ser el alma que va a recibir el Verbo, que muera al mundo, y sea sepultada con Cristo. Así se encuentra a Cristo, y tal hospedaje busca para sí. Luego, los mismos ministerios de las operaciones, es decir, las manos y los dedos con los que se comprende a Cristo, se mortifican, que podemos considerar como los dedos, como las eminencias de nuestras obras. Así, como desde su abrazo, cuando ya extendía sus manos inteligibles y dedos, para comprender el Verbo, dice el alma piadosa que pasó por ella, pero no aún ha pasado por ella. Y esto tiene un proceso, cuando el Verbo de Dios pasa y atraviesa el alma; porque está escrito: Y a tu misma alma la atravesará una espada, para que se revelen los pensamientos de muchos corazones (Luc. II, 35). Aquí aún se pasa, no se atraviesa: como María en los posteriores tal vez se atraviesa, donde el Señor Jesús se pone como un sello en medio de ella.

54. Finalmente, inmediatamente otro progreso del Verbo que pasa; porque el alma salió en su palabra, es decir, siguiendo su palabra salió del cuerpo, elevándose de su morada, y haciéndose peregrina de él, para estar presente a Dios, y ser ciudadana de los santos. Pues no podemos ser al mismo tiempo de la carne doméstica y de Dios. Por lo tanto, en este lugar se significa salir, como dije, el alma, cuando se aparta de los placeres del cuerpo. Finalmente, está escrito: Sal de Babilonia, huyendo de los caldeos (Esai. XLVIII, 20). No ciertamente para que el hebreo huya de la región de Babilonia, sino que se le advierte proféticamente que huya de las costumbres; si bien hay quienes están en Babilonia, y enseñan con sus costumbres que han salido de Babilonia. Pues aquellos de quienes dice el Profeta que se sentaban junto a los ríos de Babilonia, se sentaban en la región de Babilonia, pero no estaban en sus vicios y confusión (Psal. CXXXVI, 1). Pues ¿cómo estaban en esa confusión de vicios, quienes

lloraban haciendo penitencia por haber caído de la arca de devoción, y de la fe, y de los méritos de la virtud paterna? Pero el alma que sale en el Verbo, busca el Verbo.

55. Por eso, cuando esta buscaba, se encontró con los guardianes que recorren la ciudad: Me golpearon, dice, y me hirieron, me quitaron el manto los guardianes de los muros (Cant. V, 7). Bien venía como esposa con el manto con el que cubriría su cabeza cuando el esposo se encontrara. Como Rebeca que, al saber que Isaac venía a su encuentro, descendió del camello, y se cubrió con un manto (Gen. XXIV, 65): así también esta alma anticipaba las insignias del vestido nupcial; para que no fuera rechazada, como si no tuviera vestido nupcial; o para que cubriera su cabeza por causa de los ángeles. Pero ellos la golpearon, para que fuera más probada. Pues las almas son ejercitadas con tentaciones. Le quitaron el manto, buscando si traía el verdadero adorno de la virtud desnuda: o porque sin cobertura debe entrar en esa ciudad celestial, sin llevar consigo ningún disfraz de engaños. También hay quienes buscan, para que ninguna alma lleve consigo las exuvias de la lujuria carnal, y la concupiscencia corporal. Se desnuda del manto, cuando se manifiesta su conciencia. Pero hay quien bien se desnuda, a quien le es lícito imitar al que dice: Porque viene el príncipe de este mundo, y en mí no encontrará nada (Joan. XIV, 30); porque ciertamente en aquel solo no encontró nada, quien no cometió pecado. Bienaventurada también es aquella en la que no encuentra cosas graves o muchas: pero encuentra en ella el vestido de la fe, y la disciplina de la sabiduría.

56. Así, sin pérdida de sí misma (porque aunque quiera alguien, no puede quitar la verdadera sabiduría: aunque el adversario se oponga, allí sin embargo brilla la verdadera integridad de la conversación inocente), sin pérdida, pues, pasó por los guardianes, y mezclada con las hijas de esa ciudad celestial busca el Verbo, y al buscarlo excita su amor en ella, y reconoce dónde buscar el Verbo. Que mora entre las oraciones de los santos, y que se adhiere a ellos, lo sabe, y que alimenta a su Iglesia, o las almas de sus justos entre los lirios, lo entiende. Este misterio te lo mostró el Señor en el Evangelio (Luc. VI, 1), cuando en sábado conducía a los discípulos por sembrados. Moisés condujo al pueblo judío por el desierto (Deut. XXIX, 5): Cristo conduce por sembrados, Cristo conduce por lirios; porque también por su pasión el desierto florece como un lirio. Sigámoslo, pues, para que en el día del sábado, de ese gran sábado, en el que hay gran descanso, recojamos frutos. Ni temas que los fariseos acusen al que recoge de los sembrados. Aunque ellos acusen, pero Cristo excusa, y hace semejantes a las almas que quiere, siguiéndolo a él, a ese David que comía los panes de la proposición, ya entonces previendo con mente profética los sacramentos de la nueva gracia (I Reg. XXI, 6).

CAPÍTULO VII.

El alma es alabada por el esposo, porque lo ha buscado tan bien y constantemente: porque es fiel, porque es poderosa en la palabra, porque es única como una paloma; finalmente, porque es fecunda en virtudes, y carece de vicios.

57. Por lo tanto, es alabada por el esposo porque lo ha buscado tan bien y constantemente (Cant. VI, 3); y por eso ya no solo se le llama hermana, sino que también se le nombra complacida, como quien ha complacido al Padre; y hermosa como Jerusalén, como una admiración ordenada, porque tiene todos los misterios de la ciudad eterna, y es una admiración para todos los que la ven; porque es plena como la equidad y perfecta, y ha tomado su resplandor de la luz del Verbo, mientras siempre lo contempla; se hace también terrible por un cierto orden elevado de virtudes. Por eso, como a una perfecta dice: Aparta tus ojos de mí, no me mires (Ibid., 4), devoción excesiva y fe que ha superado la posibilidad de su naturaleza y condición propia, porque mirar la luz inaccesible de frente es grave. Aparta,

dice, tus ojos de mí; porque no puede soportar la plenitud de su divinidad, y el esplendor de la verdadera luz. Sin embargo, podemos también entenderlo así: Aparta tus ojos de mí. Aunque tú eres perfecta, aún hay otras almas que debo redimir, otras que debo sostener. Pues me elevas al mirarme: pero yo he descendido para elevar a todos. Y aunque he ascendido, y tengo el asiento del Padre, sin embargo, no os dejaré huérfanos, desprovistos de la protección paterna, sino que os confirmaré con mi presencia. Tienes esto escrito en el Evangelio: He aquí, yo estoy con vosotros hasta la consumación del mundo (Matth. XXIII, 20). Aparta, pues, tus ojos de mí, porque me elevas. Pues cuanto más alguien se dirige al Señor, tanto más eleva al Señor, y él mismo es elevado. Por eso también aquel dice: Te exaltaré, Señor, porque me has recibido (Psal. XXIX, 1). Pues el santo exalta al Señor, el pecador lo humilla. Por lo tanto, quiere que ella aparte sus ojos, para que al considerarla que ya puede seguir a lo superior, se eleve, y deje a las demás almas. Por eso en el Evangelio no mostró su gloria a todos los discípulos (Matth. XVII, 1), sino a los más perfectos. Imagina ahora a un maestro, que quiere abrir un asunto oscuro a los oyentes: así como si él mismo es poderoso en el discurso y en el conocimiento, sin embargo, se adapta a la ignorancia de aquellos que no entienden, y usa un discurso más simple y llano y común, para que pueda ser entendido. Cualquiera que entre los oyentes sea más vivaz de mente, que pueda seguir fácilmente, lo eleva y lo despierta. Viendo esto, el maestro lo llama de nuevo, para que permita más bien al maestro permanecer con los más humildes y sencillos, para que también los demás puedan seguir.

58. Lo que dice Aquila: Sonando como revelada, lo refiere a una que suena digna de admiración, como teniendo grandes y sonoras obras: revelada, a la claridad de las obras; o porque las obras de su alma brillan ante el Padre que está en los cielos. Por eso no entiendes en vano que su manto fue quitado, para que abierta en méritos y desnuda resplandeciera.

59. Se alaba además que es fiel, que es poderosa en palabra, que es fecunda en diversos frutos, que es una como la paloma teniendo la unidad del espíritu, en la cual haya paz, que hizo de ambos uno (Cant. V, 2): y que no está compuesta de elementos diversos de naturaleza distinta y en conflicto (Cant. VI, 3). ¿Qué hay tan diverso como el fuego y el agua, el aire y la tierra, de los cuales se compone la criatura de nuestro cuerpo? Sin embargo, el alma bendita es toda simple, que imita al que dice: Que todos sean uno, como tú, Padre, en mí y yo en ti, para que ellos también sean uno en nosotros (Juan XVII, 21). Esta es la consumación y la perfección. Por eso añadió: Que sean uno, como nosotros somos uno: yo en ellos, y tú en mí, para que sean perfectos en unidad (Ibid., 23). Esta es, por tanto, el alma paloma única y perfecta, que es simple y espiritual, y no se turba por las pasiones de este cuerpo, en el cual hay luchas externas, temores internos. Finalmente, la Escritura nos enseña que con esta palabra de unidad se significa la concordia y la paz, diciendo: La multitud de los creyentes tenía un solo corazón y una sola alma, y no había entre ellos ninguna separación (Hechos IV, 32).

60. No se alaba en vano la fecundidad del alma, no solo porque sea fecunda en virtudes, sino también porque no tiene en sí nada malo. Pues aquello que es decoroso y hermoso es en lo que no hay mal. Lo decoroso es lo bueno; lo indecoroso, lo malo. La fecundidad de las buenas obras es hermosa; por tanto, la esterilidad es contraria a la hermosura, ya que quien carece de belleza o decoro, en él hay mal; lo que es malo, eso es estéril e infecundo. ¿Qué indicio más evidente de esto que la naturaleza? La tierra que es buena, es fértil y fecunda; la que es mala, es estéril y árida; la que es fértil, es también hermosa. ¿Qué hay más hermoso que un campo lleno, cuando la cosecha ondea, cuando las frutas resplandecen, o cuando los racimos de uvas cuelgan, o el olivo se curva cargado de bayas, o las cimas de los montes y

los valles bajos se visten de verde hierba? Y para usar el testimonio de la Escritura (Gén. XXVII, 27), Jacob era hermoso; y por eso tenía el olor de un campo lleno: Esaú era velludo e indecoroso (Ibid., 11); y por eso era agreste, que no podía tener frutos. Del mismo Señor, después de que hizo surgir la fecundidad de la Iglesia, se dijo bellamente: El Señor reina, se ha vestido de hermosura (Sal. XCII, 1). Y en otro lugar: Te has vestido de confesión y de hermosura (Sal. CIII, 2). Está claro, por tanto, que lo decoroso es lo fecundo; lo indecoroso, lo infecundo. La causa del alma es similar al sol; porque el alma decorosa es la que es fecunda en méritos, fecunda en consejos: la indecorosa es la que es estéril. Las debilidades del alma son la esterilidad y la materia; pues la esterilidad la priva de su fruto, le trae pobreza, le infunde temor, alimenta deseos y opiniones vanas: así cae el alma. ¿Qué es, entonces, la malicia, sino la carencia de bien (Vid. S. Agustín lib. I contr. Jul. Pelag., cap. 9)? Pues se ve privada de lo suyo, y necesita de lo ajeno, se vacía y se llena sin medida ni modo. Los vicios materiales del alma oscurecen la gracia. La ignorancia y la concupiscencia son enfermedades del alma: pero se refieren más a la apariencia que a la materia. La materia es la carne, la apariencia es la ignorancia y la concupiscencia. ¿Por qué, entonces, se acusa a la carne, cuando hay tantas manchas en la apariencia? Porque la apariencia no puede nada sin la materia. Finalmente, la apariencia de un hacha no hace nada sin la materia. ¿Qué sería la concupiscencia, si la carne no la inflamase? Se enfría en los ancianos, también en los niños, porque en ellos el cuerpo es débil: arde en los jóvenes en quienes la fuerza del cuerpo hierve. De los bienes, por tanto, surgieron los males; pues no hay males, sino aquellos que carecen de bienes (Vid. S. Agust., Ibid.). Sin embargo, por los males se hizo que los bienes resplandecieran. Por tanto, la carencia de bien es malicia, y la definición de bien descubre la malicia, ya que por la disciplina del bien se encuentra el mal. El bien, sin embargo, no necesita de nada, se basta a sí mismo, da medida, perfección y fin a todas las cosas, en las cuales todo se sostiene y de las cuales todo depende. Esta es la naturaleza del bien, que llena la mente.

61. En torno a esto gira el alma pura, esto contempla, y ve a Dios, abunda en todos los bienes. Por eso dice: Su paladar es dulzura, y todo él es deseo (Cant. V, 16). Dios es el autor de todos los bienes; y lo que existe, todo es suyo. Allí no hay mal; y si nuestra mente permanece en él, no conoce el mal. Por tanto, el alma que no permanece en Dios, es ella misma la autora de sus males; así peca: pero el alma que peca, esa morirá. Pues liberada de las cadenas de oro de las virtudes, se precipita hacia abajo, y cae hacia lo inferior. El alma, sin embargo, es bienaventurada, a la que ninguna batalla adversa del cuerpo conquista. Esta alma, como un gorrión con la trampa rota, vuela. Las delicias corporales son el alimento de los males. Quien se dedica a ellas, atrapa su alma en una trampa.

377 62. Pero quien se abstiene de sus delicias, y sale de sus tinieblas, su alma brilla como el amanecer, de la cual se dice: ¿Quién es esta que se asoma como el amanecer, hermosa como la luna? (Cant. VI, 9). Pues se asoma como desde una casa libre. Y no dice: Las tinieblas me cubren, y las paredes me rodean, y ¿quién sabe si el Altísimo ve? (Ecli. XXIII, 26). Sino que ella misma más bien busca la luz como en las alturas de su casa, es decir, de su cuerpo, y colocada sobre el mundo contempla lo divino, y se eleva hacia lo eterno, para estar con Dios, ya que la luz de sus obras como la luna lleva su órbita por todo el mundo.

63. Pero lo que dice Aquila: Sonando como el sol, parece expresar esa conversión del eje celestial, el curso del sol y la luna y las estrellas, y la armonía de los globos: también parece a algunos de los nuestros; que aunque no encuentra fe, al menos por la gracia de la suavidad no parece ajeno.

CAPÍTULO VIII.

La misma alma, huyendo de ser alabada, dice que descendió al jardín del nogal, etc., donde se designan las amarguras y tentaciones. En ellas no se reconoce a sí misma, sino que es reconocida y guiada por Cristo, hasta llegar a la palma. Esta inclinación hacia ella significa tres cosas: instrucción, progreso, perfección. Sigue una exhortación a la caridad.

64. Mientras es alabada por el esposo, huyendo con modestia de ser alabada, luego llamada de nuevo por el amor del esposo dice: Descendí al jardín del nogal para ver en el nacimiento del torrente (Cant. VI, 10). ¿Dónde está la Iglesia, sino donde florece la vara y la gracia sacerdotal? Allí está frecuentemente, para ser probada en amarguras y tentaciones. Por el nogal entendemos las amarguras, por el torrente las tentaciones, pero tolerables, porque está escrito: Nuestra alma ha pasado por el torrente (Sal. CXXIII, 5). Así que descendió al lugar de la amargura, donde florece la vid, y el fruto diverso y múltiple de los granados, que como con una sola cubierta de todo el cuerpo se protege con fe y caridad. En esa amargura, por tanto, el alma no se reconoció; pues el cuerpo corruptible pesa sobre el alma, y la morada terrenal se inclina rápidamente. Sin embargo, siempre debe reconocerse a sí misma. Pero también Pedro fue tentado, y no se reconoció a sí mismo; pues si se hubiera reconocido, no habría negado a su autor. Pero Cristo lo reconoció: finalmente lo reconoció, quien también lo miró (pues el Señor conoce a los que son suyos) y como buen guía lo revocó de la caída con las riendas de su misericordia. Por tanto, nuestro guía es Cristo.

378 65. Por eso dice el alma: Me puso en los carros de Aminadab (Cant. VI, 11). El alma, por tanto, es un carro que sostiene a un buen guía. Si el alma es un carro, tiene caballos buenos o malos. Los buenos caballos son las virtudes del alma: los malos caballos son las pasiones del cuerpo (Vid. S. Agust. contr. Jul. Pelag., lib. II, cap. 5, et lib. III, c. 14). Por tanto, el buen guía restringe y revoca a los malos caballos, incita a los buenos. Los buenos caballos son cuatro, prudencia, templanza, fortaleza, justicia. Los malos caballos son la ira, la concupiscencia, el miedo, la iniquidad. A veces los mismos caballos están en desacuerdo entre sí, y ya sea la ira o el miedo, se impiden mutuamente y retrasan el curso. Pero los buenos caballos vuelan, y se elevan de la tierra a lo alto, y elevan el alma: especialmente si tienen un yugo suave y una carga ligera del que dice: Tomad mi yugo sobre vosotros; porque mi yugo es suave y mi carga ligera (Mat. XI, 29). Él mismo es el guía que sabe gobernar sus propios caballos, para que el curso de todos sea igual. Si la prudencia es más veloz, la justicia más lenta, advierte con su propio látigo al más lento; si la templanza es más mansa, la fortaleza más dura, sabe unir a los discordantes, no sea que disgreguen su carro. Así que es posible ver en un espectáculo inteligible a cada alma siendo arrebatada con gran esfuerzo hacia el cielo, con caballos apresurados que se esfuerzan por llegar primero al premio de Cristo, para que primero se coloque la palma sobre sus cuellos. Estos son los caballos sujetos al yugo de la fe, atados con el vínculo de la caridad, con las riendas de la justicia, con las correas de la sobriedad. Por tanto, dice bellamente: Me puso en los carros de Aminadab, es decir, padre del pueblo: pero él mismo que es padre del pueblo, es también padre de Naasón, es decir, de las serpientes. Ahora recuerda quién como una serpiente colgó en la cruz por la salvación de todos, y entenderás que esa alma es pacífica, a la que Dios Padre es protector, Cristo es el conductor; porque también está escrito este nombre en nuestros textos: Padre, padre, conductor de Israel (IV, Reg. II, 12).

66. Este conductor dice: Vuélvete, Sunamita, vuélvete (Cant. VI, 12). Bien y como conductor, y como al carro dice: Vuélvete, Sunamita, es decir, pacífica. Pues el alma pacífica se convierte y corrige rápidamente, aunque antes haya pecado, y Cristo la monta más, y se digna a guiarla, a la que se dice: Sube a tus caballos, y tu caballería es salvación (Habac. III,

8). Y en otro lugar: Envié tus caballos a Tarsis (Ibid., 15). Estos son los caballos de Cristo. Por tanto, Cristo monta sus caballos, el Verbo de Dios monta las almas piadosas.

67. Por eso reconoce que también montó esta, y la condujo al lugar de la palma, cuando le dice: ¡Qué hermosa y dulce te has vuelto, caridad, en tus delicias! Tu estatura se ha hecho semejante a la de una palma (Cant. VII, 6 y sig.). Y ella misma dice: Dije, subiré a la palma. Pero también la caridad misma es una palma; pues ella es la plenitud de la victoria. Porque la plenitud de la ley es la caridad. Corramos, pues, para alcanzar: corramos, para vencer. Quien ha vencido, sube a la palma, y come de sus frutos. Quien ha vencido, ya no corre, sino que se sienta como está escrito: Al que venciere, le daré que se sienta conmigo en mi trono, así como yo he vencido, y me he sentado con mi Padre en su trono (Apoc. III, 21). De aquí los filósofos expresaron en sus libros aquellas carreras de las almas en carros, pero no pudieron llegar a la palma; porque no conocieron la altura del Verbo y la altitud de aquellas almas, que conoció esta alma, en la cual estaba la conversión del Verbo.

68. Pues así dice: Yo soy para mi hermano, y sobre mí su conversión (Cant. VII, 10). Este sentido lo repitió tres veces de manera diversa en el Cantar de los Cantares. Al principio dice: Mi hermano es para mí, y yo para él, que apacienta entre los lirios, hasta que sople el día, y se alejen las sombras (Cant. II, 16 y 17). Luego dice: Yo soy para mi hermano, y mi hermano para mí, que apacienta entre los lirios (Cant. VI, 2). Al final dice: Yo soy para mi hermano, y sobre mí su conversión. El primero es para la instrucción del alma, por eso también precedió: Mi hermano es para mí; pues al mostrarse él, también el alma tomó el afecto de adherirse a Dios: lo que sigue, según el progreso: el tercero, según la perfección. En el primero, como en la instrucción, el alma aún ve sombras, no movida aún por la revelación del Verbo que se acerca, pero por eso aún no le brillaba el día del Evangelio: en el segundo, sin la confusión de las sombras, recoge los piadosos olores: en el tercero, ya perfecta, ofrece descanso al Verbo en sí misma; para que se convierta sobre ella, y recline su cabeza, y descanse, y ya teniendo el mérito que antes buscaba y no podía encontrar, invita a su campo diciendo:

69. Ven, hermano mío, salgamos al campo, descansemos en las aldeas (Cant. VII, 11). Antes invitaba al jardín, aquí al campo que tiene no solo la gracia de las flores, sino también el trigo y la cebada, es decir, los fundamentos más sólidos de las virtudes, para que vea su fruto. Descansemos, dice, en las aldeas, a las que Adán, cuando fue expulsado del paraíso, fue relegado: en ellas descansaba, pero trabajaba la tierra. ¿Por qué razón quiere que salga al campo? El entendimiento es claro; para que como buen pastor apaciente su rebaño, levante a los cansados, revuelva a los errantes. Pues aunque esta alma guardó lo nuevo y lo viejo para él; sin embargo, aún hay como corderos, que deben ser alimentados con la leche. Por tanto, como perfecta, no intercede por sí misma, sino por otros, para que salga del seno del Padre, para que salga afuera como un esposo saliendo de su tálamo, corra su camino para ganar a los débiles, no permanezca en aquel secreto trono del Padre, y en aquella luz donde los débiles no pueden seguirlo: sino para que sea asumido e introducido en la casa de la esposa y en el secreto. Que esté fuera para sí, para que esté dentro para nosotros: que esté en medio de nosotros, aunque no sea visto por nosotros.

70. Por eso dice: ¿Quién te dará, hermano, lactando los pechos de mi madre? Al encontrarte afuera, te besaré (Cant. VIII, 1). Buena alma que está afuera, para que el Verbo esté dentro: ella fuera del cuerpo, para que el Verbo habite en nosotros.

380 71. Te tomaré, dice, y te introduciré (Ibid., 2). Correctamente se toma e introduce el Verbo de Dios; porque golpea el alma, para que se le abra la puerta. Y si no encuentra la puerta abierta, no entra. Pero si alguien abre la puerta, entra y cena. Así la esposa toma el

Verbo, para ser enseñada al tomarlo; por eso no sin razón asciende aún a mansiones superiores, y siempre recibe progreso.

72. Lo que significan las virtudes que dicen al alma: ¿Quién es esta que sube blanca apoyada en su hermano? (Ibid., 5). Antes decían: ¿Quién es esta que se asoma como el amanecer, hermosa como la luna, escogida como el sol? (Cant. VI, 9). Aquí se encontró algo más que añadir, porque subía apoyada en el Verbo de Dios. Pues los más perfectos descansan sobre Cristo, como también Juan descansaba en el pecho de Cristo. Así, pues, esta o se apoyaba en Cristo, o se reclinaba sobre él, o ciertamente, ya que hablamos de bodas, ya como entregada en la mano derecha de Cristo, era llevada al tálamo por el esposo.

73. Y porque ya es la unión de la caridad, el esposo le dice con ternura: Bajo el manzano te elevé, allí te dio a luz tu madre, allí te dio a luz la que te parió (Cant. VIII, 5). Buena alma que descansa bajo el árbol fructífero, y sobre todo de buen olor. Pues si Natanael, bueno en quien no había engaño, fue visto bajo el árbol de la higuera, ciertamente buena es la que fue elevada bajo el manzano por su esposo. Pues es más ser elevado que ser visto, más aún ser elevado por el esposo. Pues aunque Natanael fue visto bajo el árbol, sin embargo, su alma no era esposa, quien venía ocultamente a Cristo, porque temía a los judíos. No era hermosa como la luna, escogida como el sol, que estaba en la sombra, porque la esposa se casa de día, confiesa públicamente. Por eso esta bajo el manzano, aquella bajo la higuera; porque esta difundía el olor de su confesión más lejos: aquella tenía la suavidad de la pureza e inocencia, no tenía la fragancia del espíritu.

74. Allí, dice, te dio a luz tu madre, allí te dio a luz la que te parió; pues allí nacemos, donde renacemos. Son dados a luz aquellos en quienes se forma la imagen de Cristo. Por eso también aquel dice: Hijitos míos, por quienes vuelvo a sufrir dolores de parto, hasta que Cristo sea formado en vosotros (Gál. IV, 19). Pues sufre dolores de parto quien recibe en su seno el espíritu de salvación, y lo infunde a otros.

75. Por eso, ya que Cristo estaba formado en esta, dice: Ponme como un sello en tu corazón, como un sello en tu brazo (Cant. VIII, 6). Cristo es el sello en la frente, el sello en el corazón. En la frente, para que siempre confesemos: en el corazón, para que siempre amemos; el sello en el brazo, para que siempre obremos. Que su imagen, por tanto, brille en nuestra confesión, brille en el amor, brille en las obras y hechos; para que si es posible, toda su figura se exprese en nosotros. Que él sea nuestra cabeza, porque la cabeza del hombre es Cristo: que él sea nuestro ojo, para que por él veamos al Padre: que él sea nuestra voz, por la cual hablemos al Padre: que él sea nuestra mano derecha, por la cual ofrezcamos nuestro sacrificio a Dios Padre: 381 él también es nuestro sello, que es el signo de la perfección y la caridad, porque el Padre amante selló al Hijo, como leemos: A quien el Padre ha sellado, Dios (Juan VI, 27). Por tanto, nuestra caridad es Cristo. Buena caridad, cuando se ofreció a la muerte por nuestros pecados: buena caridad, que perdonó los pecados.

76. Y por eso nuestra alma debe revestirse de caridad, y de una caridad que sea fuerte como la muerte; porque así como la muerte es el fin de los pecados, también lo es la caridad; ya que quien ama al Señor deja de pecar: la caridad no piensa en el mal, ni se alegra en la iniquidad, sino que todo lo soporta. Pues quien no busca lo suyo, ¿cómo buscará lo ajeno? También está esa muerte poderosa a través del bautismo, por la cual todo pecado es sepultado y la culpa es perdonada. Tal era la caridad que llevaba aquella mujer del Evangelio, de la cual el Señor dijo: "Se le han perdonado muchos pecados, porque ha amado mucho" (Luc VII, 47). También está esa muerte poderosa de los santos mártires, que borra la culpa anterior; y por

eso es poderosa, cuya caridad no es inferior, que se iguala a la pasión de los mártires; para quitar el mérito de los delitos.

77. El celo también como el infierno (Cant. VIII, 6); porque quien tiene celo de Dios, por Cristo no perdona ni a los suyos. Así que la caridad tiene muerte, y la caridad tiene celo, y la caridad tiene alas de fuego. Finalmente, Cristo amando a Moisés, le apareció un signo. Y Jeremías, teniendo en sí el don de la caridad divina, decía: "Y era un fuego ardiente en mis huesos: y me disolví por todas partes, y no puedo soportarlo" (Jer. XX, 9). Buena es, pues, la caridad que tiene alas de fuego ardiente, que vuela por los pechos y corazones de los santos, y quema todo lo material y terrenal: lo que es sincero, lo prueba; y lo que toca, lo mejora con su fuego. Este fuego envió el Señor Jesús a la tierra, y resplandeció la fe, se encendió la devoción, se iluminó la caridad, resplandeció la justicia. Con este fuego inflamó los corazones de sus apóstoles, como lo testifica Cleofás diciendo: "¿No ardía nuestro corazón en nosotros, mientras nos abría las Escrituras?" (Luc. XXIV, 32). Las alas, pues, de la llama de fuego son las Escrituras divinas. Finalmente, abría las Escrituras, y salía fuego, y penetraba los corazones de los oyentes. Y verdaderamente alas de fuego; porque las palabras del Señor, palabras puras, plata refinada en el fuego. Cuando Pablo también fue tomado por Cristo, vio que resplandecía sobre él una luz, y sobre los que estaban con él, cayó de miedo, y resucitó más probado: finalmente, se hizo apóstol, quien había venido como perseguidor. También el Espíritu Santo descendió, y llenó toda la casa en la que estaban muchos sentados, y se vieron lenguas repartidas como de fuego. Buenas alas de caridad, verdaderas alas que volaban por las bocas de los apóstoles, y alas de fuego que hablaban un discurso purificado. Con estas alas voló Enoc arrebatado al cielo. Con estas alas voló Elías en un carro de fuego, y caballos de fuego trasladado a lo alto. Con estas alas el Señor Dios guiaba al pueblo de los Padres por una columna de fuego. Estas alas tenía el Serafín, cuando tomó un carbón de fuego del altar y tocó la boca del profeta, y quitó sus iniquidades, y purificó sus pecados. Con el fuego de estas alas fueron purificados los hijos de Leví, y se bautizan los pueblos de las naciones, como testifica Juan, diciendo del Señor Jesús: "Él os bautizará en espíritu y fuego" (Matt. III, 11). Con razón David deseaba que sus riñones y su corazón fueran quemados, porque sabía que las alas de fuego de la caridad no debían temerse. Con razón los jóvenes hebreos en el horno ardiente no sentían las llamas del fuego; porque la llama de la caridad los refrescaba. Y para que conozcamos más plenamente que la caridad perfecta tenía alas, escuchaste al Señor diciendo: "¡Cuántas veces quise reunir a tus hijos como la gallina reúne a sus polluelos bajo sus alas!" (Matth. XXIII, 27).

78. Tomemos, pues, estas alas, que como llamas nos dirijan hacia lo alto. Que cada uno despoje su alma de las envolturas más sucias, y como el oro sea probado por el fuego, limpiado del lodo. Así se purifica el alma, como el oro más fino. La belleza del alma es la virtud sincera, y el verdadero adorno es el conocimiento de las cosas celestiales; para que vea aquel bien del cual dependen todas las cosas, y que no depende de nada. Por eso vive, y recibe entendimiento. Porque la fuente de la vida es aquel bien supremo, cuya caridad y deseo se encienden en nosotros, al cual acercarse y mezclarse es un placer: lo que para quien no lo ve, es un deseo, y para quien lo ve, está presente; y por eso desprecia todas las demás cosas, se deleita y se complace en esto solo. Esto es lo que proporciona sustancia a todos: permaneciendo en sí mismo, da a los demás, pero no recibe nada de los demás en sí mismo. De lo cual el Profeta dice: "Dije al Señor: Tú eres mi Dios, porque no necesitas de mis bienes" (Psal. XV, 2). Esto solo deseó ver, como él mismo dice en otro lugar: "Una cosa he pedido al Señor, esta buscaré; que habite en la casa del Señor todos los días de mi vida, y contemple la hermosura del Señor, y visite su templo" (Psal. XXVI, 4). Si alguien, pues, ha merecido ver aquel puro e incorpóreo supremo, ¿qué más podría desear? Finalmente, Pedro

en el monte vio la gloria de la resurrección de Cristo, y no quería descender diciendo: "Señor, bueno es que estemos aquí" (Matth. XVII, 4). Y cuanto más incomparable es aquella gloria de la divinidad, y la luz inaccesible, que si alguien la viera, ¿qué más desearía? Ni reinos, ni riquezas, honores, gloria, poderes. Porque usar de ellos no es felicidad, pero usar de esto es ser feliz; para que despreciando aquello, permanezca vuelto hacia esto. Viendo, pues, esta hermosa imagen, entre en su interior, deje fuera el rostro del cuerpo. Porque quien mira los cuerpos, no debe mirar hacia adentro; no sea que, como quien se sumerge en un abismo, sea arrastrado y absorbido, y como sumergido en lo profundo, no aparezca en ninguna parte. Huyamos, pues, a la patria verdaderísima. Allí está nuestra patria, y allí el Padre de quien fuimos creados, donde está Jerusalén, la ciudad que es madre de todos.

79. Pero, ¿cuál es la huida? No ciertamente de los pies, que son del cuerpo. Porque estos, a dondequiera que corran, corren en la tierra, y pasan de un suelo a otro. Ni huyamos en barcos, o carros, o caballos que se atan y caen: sino huyamos con el alma, y con los ojos, o con los pies interiores. Acostumbremos nuestros ojos a ver lo que es claro y brillante, a contemplar el rostro de la continencia y la templanza, todas las virtudes, en las que no hay nada áspero, nada oscuro y tortuoso: y que cada uno se mire a sí mismo, y su conciencia: limpie ese ojo, para que no tenga ninguna suciedad. Porque lo que se ve, no debe disonar de quien lo ve, ya que Dios quiso que fuéramos conformes a la imagen de su Hijo. Nos es conocido, pues, aquel bien, y no está lejos de cada uno de nosotros: "Porque en él vivimos, y somos, y nos movemos. Porque somos de su linaje" (Act. XVII, 28), como el Apóstol puso para significar a los gentiles. Este es el bien que buscamos, y el único bien. Porque nadie es bueno, sino solo Dios. Este es el ojo que contempla aquella gran y verdadera belleza. El sol no lo mira sino un ojo sano y vigoroso; ni puede ver el bien sino un alma buena. Sea, pues, bueno quien quiera ver al Señor, y lo que es bueno. Seamos semejantes a este bien, y actuemos según lo que es bueno. Este es el bien que está por encima de toda operación, por encima de toda mente y entendimiento: es lo que siempre permanece, a él se convierten todas las cosas, en él habita la plenitud de la divinidad, y por él se reconcilian todas las cosas en él. Y para definir más plenamente qué es el bien: la VIDA es el bien, porque siempre permanece, dando vivir y ser a todos; porque la fuente de toda vida es Cristo, de quien dice el profeta: "En su sombra viviremos" (Thren. IV, 20). Ahora nuestra vida está escondida en Cristo: pero cuando aparezca Cristo, nuestra vida, entonces también nosotros apareceremos con él en gloria. Por lo tanto, no temamos la muerte; porque es el descanso del cuerpo, y para el alma o libertad, o absolución. Ni temamos a quien puede matar el cuerpo, pero no puede matar el alma; porque no tememos a quien puede quitar el vestido, no tememos a quien puede robar lo nuestro, pero no puede robarnos a nosotros. Nosotros, pues, somos del alma, si queremos ser hebreos de aquellos que son compañeros de Jacob, es decir, sus imitadores. Nosotros somos del alma, pero nuestros miembros son vestiduras: deben cuidarse las vestiduras, para que no se rasguen, para que no envejezcan: pero más debe cuidarse y guardarse quien las usa.